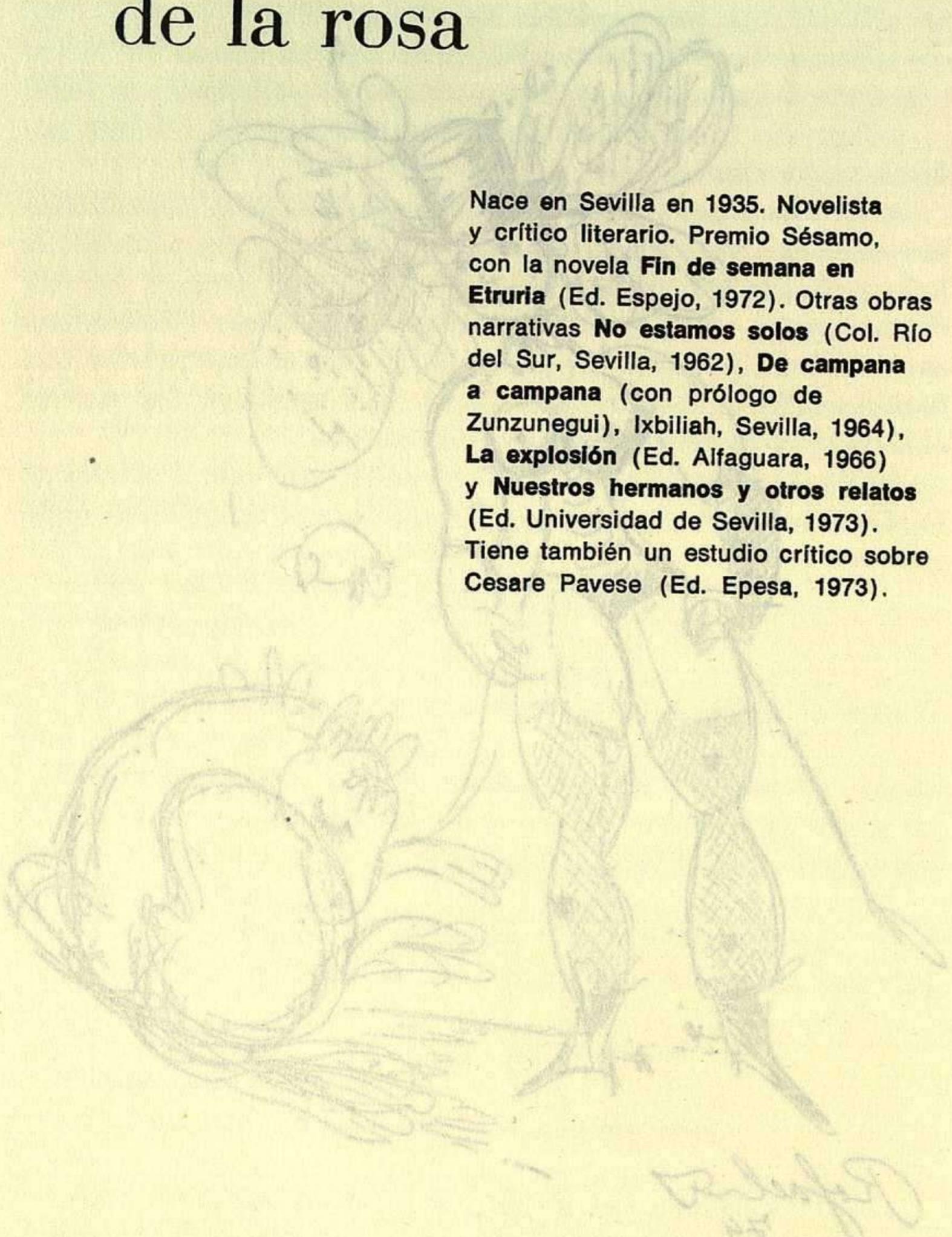


julio manuel de la rosa



Nace en Sevilla en 1935. Novelista y crítico literario. Premio Sésamo, con la novela **Fin de semana en Etruria** (Ed. Espejo, 1972). Otras obras narrativas **No estamos solos** (Col. Río del Sur, Sevilla, 1962), **De campana a campana** (con prólogo de Zunzunegui), Ixbiliah, Sevilla, 1964), **La explosión** (Ed. Alfaguara, 1966) y **Nuestros hermanos y otros relatos** (Ed. Universidad de Sevilla, 1973). Tiene también un estudio crítico sobre Cesare Pavese (Ed. Epesa, 1973).

Edición de Rafael Pérez Estrella

notas de batalla

(Del libro *5 Paper Clips. Relatos.*)

Y respondiendo a vuestra carta digo primero que os confieso que no entiendo cuatro vocablos de que en vuestra carta os habéis servido; he preguntado a muchos caballeros y no he encontrado quien me diga si tales vocablos existen en derecho y en costumbre de armas, y si vos entendéis lo contrario, me gustaría saber en qué capítulo o derecho de armas se hace mención de ellos, o por ventura los habéis aprendido de Bártolo, o de quién. Quisiera saberlo para que, si me conviniera, servirme de ellos. Y los vocablos son silogismo, sofistical escribir, silogismal escribir y relatar.

JOANOT MARTORELL "Cartas de Batalla"

El mariscal Giorgio hizo la señal de la cruz, ampuloso y lento y subió al caballo del cual ya no bajaría hasta el final de la batalla que estaba a punto de comenzar. Mantenía el cuerpo erguido, los ojos fríos e inmóviles pese al lujo de reflejos que tenía delante. Muchos de sus oficiales (algunos veían de cerca por primera vez al legendario personaje) pensaron que aquel cuerpo enjuto permanecía totalmente al margen de la fatiga, del dolor, de la piedad o del sexo, pegado a la silla de montar como un elemento escultórico, aureoleada la descubierta cabeza por leyendas míticas que los soldados contaban en voz baja alrededor de las hogueras. El mariscal se mantenía inmóvil en la silla de montar carente de todo adorno, tal como una estatua, difuminado el rostro. Sobre la plateada coraza liviana lucía, eso sí, bien visible, la cruz roja que brillaba bajo las primeras luces del amanecer que ya dotaba al campo, a la llanura quieta, de los colores de cada día. Había llegado el momento definitivo. Maratón, Siracusa, Cannas, Matauro, Chalons, Guadalete, Tours, Hastings, Navas de Tolosa, Orleáns y Lützen (entre otras), con sus secretos y movimientos, desfilaban tranquila y ordenadamente (sobre todo ordenadamente) por su cabeza metódica acos-

tumbrada a las planificaciones lógicas del arte de matar. Te sigo admirando (dijo) mariscal Tujachevski, baño de Sigfrido en la sangre del dragón, Asia, cuna de los arcos curvos, fórmula de ballesta $d=1,1\sqrt{100n}$ en donde "d" es el diámetro de la cuerda y "n" el peso de la flecha en minas áticas. Porque la batalla que estamos a punto de comenzar, le había dicho la noche anterior a su confesor, sentado el mariscal en incómoda silla paridera, delante de la repleta mesa cubierta de pergaminos y planos concienzudamente anotados con su letra grande y clara, carente de debilidad o altibajos, es el acto decisivo de toda guerra, el fin para el que he creado este ejército y no tiene otro objeto que la destrucción de las fuerzas del adversario, que mañana borraremos del mapa con la ayuda del Todopoderoso. La victoria se alcanza, sin embargo, no tanto por el aniquilamiento de las fuerzas materiales del enemigo (cosa que tenemos asegurada) como por el quebranto de su fuerza moral, muy evidente entre los salvajes que pueblan estos bosques que hemos destruidos en su casi totalidad durante dos años de devastadora guerra. La fuerza moral, aunque de muy difícil evaluación, es un factor esencialísimo del éxito, y el estudio de todas las guerras y en particular de las más recientes, demuestran que para conseguir la victoria no bastan el mero cumplimiento del deber y la observancia de las reglas del arte militar: es indispensable la firme voluntad de vencer, ese extraño sentimiento de superioridad y de confianza en sí mismo que, arrancando del general en jefe, se difunde por todos los escalones del orden jerárquico hasta el ánimo del más oscuro soldado. Dios está con nosotros. Ser el más fuerte en un punto dado y empleo muy juicioso y oportuno de las reservas. Ataque contra las alas; ataque de flanco. Veremos si estos harapientos espíritus resisten después de dos años de hambre e incendios. Padre: como siempre, antes del combate, deseo confesión. De rodillas, el mariscal humilló la cabeza. Era ya madrugada alta y el campamento dormía envuelto en las pesadillas que preceden a las batallas. El anciano confesor apoyó la frente en la mano. Era en efecto una lucha santa. La voz del mariscal se hizo un susurro apenas perceptible que le trajo de nuevo el recuerdo de las campanas, veinticuatro campanas lanzadas al júbilo de la despedida y él, con los quebrantados huesos a lomo de mula, esperando en la enorme plaza la salida del mariscal que cumplimentaba con

interminable ceremonial al obispo antes de partir para la guerra. Todavía de noche, antes de que sonasen las primeras cornetas en el cuartel, había oficiado la santa misa en el oratorio privado del mariscal, cuyos ojos permanecían ajenos a cualquier ansiedad totalmente libre de los fantasmas que habitualmente acompañan a los soldados antes de la partida. Rasurado, uniformado y frío, el mariscal permaneció arrodillado durante toda la misa. Después, la plaza, de enormes proporciones, se estremeció de ruidos y la caballería quedó formada delante de la catedral mientras los infantes tomaban posiciones delante del palacio del obispo. Pífanos, tambores y trompetas anunciaron la llegada del mariscal cuando el reloj de la torre desgranaba lentamente las cinco de la mañana de un día de julio claro. Los soldados mercenarios de amarillas capas y sables curvos, rostros de águilas quemados por el sol del desierto, gritaron el nombre del mariscal con fanático entusiasmo. Afirmaba el pueblo que se trataba de la mejor y más dura infantería del mundo; resistentes y entrenados eran capaces de barrer un pueblo en un instante, ajustándose fielmente a las órdenes recibidas, pues idolatraban a su jefe y muchos iban a la muerte pronunciando el legendario nombre. El Mariscal contestaba a aquella fidelidad con un sentido inflexible de la disciplina que quebrantaba a veces (sobre todo después de un combate particularmente duro), enviando a las tiendas carretas llenas de mujeres y pellejos de vino. Se contaban terribles orgías de sangre a cargo de aquellos soldados que antes de atacar lanzaban un grito característico que paralizaba la sangre en las venas.

Cincuenta de ellos penetraron una noche en el Bosque, y en un audaz golpe de sorpresa, llegaron hasta las primeras chozas de los porqueros, consiguiendo de esta forma la penetración más profunda de toda la guerra, que por aquel entonces se remontaba ya a un año de interminables combates. Pero los rebeldes le cortaron la retirada, empleando trochas secretas, y los cincuenta soldados regresaron al campamento amarrados a las sillas, con los testículos en las bocas ensangrentadas. Y era que La Umbría resistía la guerra más cruel de su larga historia. Una vez dejada atrás la ciudad y superados los primeros pasos montañosos, el Mariscal sometió a un buen número de aldeas y estableció su cuartel general en un antiguo castillo templario que se elevaba en la cima de una montaña inaccesible. Treinta

días más tarde, los nobles de la ciudad no podían ocultar su desconcierto, pues los mensajeros afirmaban que el Mariscal, encerrado en su habitación, se pasaba las horas estudiando planos y documentos antiguos requisados de la biblioteca del Santuario, sin dar la señal de ataque a un ejército poderoso y expectante, permitiendo así que miles de rebeldes de toda la región, artesanos, estudiantes, desertores, mineros e incluso sacerdotes atravesaran el río Ramaid para unirse a los hombres del Bosque. Y tanto fueron los rumores (se temía que el Mariscal hubiese sido hechizado por los espíritus del Bosque) que el propio obispo envió en gran secreto a un emisario para indagar sobre aquella lentitud que desmentía la firme creencia de la aristocracia: con el Mariscal Giorgio a la cabeza de este ejército volveremos a La Umbría la próxima primavera. El Mariscal recibió impasible al emisario y no alteró sus planes. Dijo a sus capitanes: estamos ante una guerra de destrucción total y no ante una rápida operación de castigo, pues este pueblo misterioso es un temible adversario que resistió hasta ahora ciento veinte invasiones poderosas. Procederemos con método. Y mandó emplazar la poderosa artillería en una loma y ordenó fuego día y noche. Los mejores jinetes hicieron a continuación una rápida descubierta con objeto de localizar los campos de trigo, que fueron inmediatamente incendiados, contaminadas las aguas del río Ramaid —que atravesaba la región de los bosques— con putrefactos animales muertos. Trato de destruir las raíces —dijo entonces el mariscal a su confesor—, pues estamos en un extraño país y en gran parte luchamos contra fantasmas, cosa que mis soldados no deben conocer y que, al parecer, también ignoran en la Corte. Venga, observaremos el paisaje desde el mirador. El Mariscal, con los ojos atravesados por algo parecido a la comprensión, extendió la mano. Y al anciano confesor, curtido en docenas de batallas, le pareció en efecto estar delante de una naturaleza diferente. Bastaba con atravesar las estribaciones montañosas para contemplar pendientes cubiertas de jaras, lentiscos, coscojas, anagiris y densos arbustos de los países ardientes, a cuyo pie crecen las plantas lumbelíferas, malváceas y labiadas africanas. Pitas y palmeras sobresalían por encima de los bosques de olivos. Bajo la fertilidad y la belleza de esta tierra —dijo el Mariscal— se oculta la muerte, un pueblo que rinde culto a la muerte y a los más repugnantes y peligrosos

mitos. Tenemos que barrer a esta raza de la Historia. Tras la fuerte preparación artillera, la infantería penetró en el Bosque hasta el Caño de las Siete Suertes. Quinientos hombres avanzaban sin encontrar resistencia alguna, asombrados del silencio y de la corpulencia de los árboles. Encontraron algunos vigías muertos por el fuego de la artillería, vacas despanzurradas, asnos trabados comiendo apaciblemente. Todavía se infiltraba el sol por el entramado vegetal cuando algunos soldados notaron la invisible presencia. Localizaron restos de hogueras, huellas. Al atravesar un claro, el suelo cubierto de hierba corta quedó convertido en un lodazal de tierra movediza donde todos cayeron mientras surgían entre los árboles miles de flechas disparadas (parecía) por sombras. El Mariscal comprendió que la partida de ajedrez se hacía lenta. Mandó a la horca a tres centinelas por propagar la imagen de un príncipe árabe galopando en la noche, solo, cubierto por una coraza fosforescente y que sin ayuda había sepultado diez cañones en un barranco repleto de víboras mortales. Aunque muy curtido y totalmente ajeno a la magia, el Mariscal quedó algo impresionado cuando leyó en los pergaminos requisados en el Santuario la historia de un príncipe (el pasaje era apenas de tres páginas) que, durante la primera guerra de los Bosques, desertó de su pueblo a causa de lujuriosos amores para unirse a los rebeldes de las marismas, personaje que según sus cálculos debió de vivir (si es que realmente existió) unos seiscientos años atrás. El Mariscal se tranquilizó, pues bien sabía que los muertos no podían inutilizar cañones. Horas más tarde, una manada de toros enloquecidos desorganizó el ala sur del campamento, que fue inmediatamente reparada. El Mariscal en persona, al mando de la caballería, destruyó diez aldeas y sus habitantes fueron pasados a cuchillos, incluidos mujeres y niños.

El Mariscal Giorgio hizo de nuevo la señal de la cruz, dio la orden y el suelo retumbó. Avanzaban hacia el Bosque. Era el penúltimo día del mundo.

(Aracena, agosto, 1973.)